

III CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

DIARIO DE BABEL: RECUERDO DEL ESCRITOR CRÓNICO.

(Adaptado a tercera persona).

El escritor crónico es un hombre barrigudo y sin gracia.

Llevaba la misma ropa durante años, aprovechando los domingos para que se la lavasen en casa de su hermana. Por ello, y no por seguir las costumbres, acudía con su traje elegante a la iglesia. Por culpa de esa rutina, estuvo casado hace tiempo. Sucedió justo antes de la calvicie, cuando durante una boda el organista Ramírez, al verle entrar a contraluz a través del pórtico, le confundió con el novio. Al pisar la primeras losas de mármol, el escritor crónico fue cegado por los destellos de las cámaras fotográficas. La marcha nupcial resonaba desde los altavoces de las naves laterales, retumbando en una grandiosa cúpula de arquitectura incierta y acústica detestable. Y así fue como el escritor crónico, aturdido, aceleró el paso hasta llegar al altar, donde la novia, por evitar el bochorno, pronunció el sí quiero.

Durante cinco años, el escritor crónico fue un señor elegante y sin gracia. Saludaba al alcalde, saludaba al churrero, saludaba al entrenador de fútbol y empezó a pensar en un puesto como funcionario. Pero un sábado de noviembre se fue de putas, más que nada para mejorar sus relaciones políticas, y no pudo recordar el camino de vuelta a casa... durante tres semanas. Cuando por fin encontró las llaves, su piso, con dos amplias habitaciones, comedor, cocina y baño se había convertido, otra vez, en un sucio apartamento con dos amplios trasteros y comedor-cocina-baño (usados indistintamente). Su mujer ya no estaba allí, pero en cambio tenía una botella de vodka y su vieja máquina de escribir.

Durante dos meses, el escritor crónico fue un borracho elegante y gracioso.

Se acostaba con mujeres de mediana edad. Escribía poemas guarros: "realismo crudo". Seguía con sus artículos en el semanario local: "realismo barato" y comía solomillo en el bar de la esquina: "crudo pero barato". Se mantuvo así, es decir, medio bien, mientras hizo más frío en la calle que en su casa. Después le ganó el alcohol y...

Durante tres años, el escritor crónico fue un borracho barrigudo y sin gracia.

Un pelmazo a una botella pegado. Un mayúsculo pedante del que huíamos por temor a que su aliento nos alcanzara. En ese periodo de tiempo llegó a la ciudad la joven Babel.

Ahora volvamos al principio de nuevo: El escritor crónico es un hombre barrigudo y sin gracia.

La joven Babel, por supuesto, ni siquiera conoce al escritor crónico. Ella se limita a sonreír y debe ser cosa de la práctica, porque sonrío mejor que nadie, mejor que tú y que yo, mejor que mejor. Sonríe tan bien que no supo dejar de

sonreírle al escritor crónico. Pero Babel ni siquiera podía verle. Era bastante miope, así que se limitaba a dirigir su cabeza hacia las sombras que se movían y a sonreír. Ignorante de todo esto, el escritor crónico se enamoró de Babel, así que a veces se sentía menos barrigudo y se peinaba y se ponía el jersey verde para salir a la calle. Otras veces, por el contrario, se notaba hinchado como un Cela, se despeinaba y se ponía el jersey verde para quedarse en casa y escribir.

Durante casi una noche, el escritor crónico pensó que Babel había muerto, y acariciándola, le dijo:

"No fui yo quien se hizo pasar por el revisor del gas, no fui yo quien te golpeó con la válvula de seguridad deteriorada, quien te ató de pies y manos con la goma naranja sin caducar...bueno, lo de asomarme a tu escote para verte los pechos, sí, ese fui yo... pero no hubo maldad, era tan sólo para ver si aún respirabas."

Y resulta que el escritor crónico no mentía.

"Te he seguido durante toda la tarde. Entraste en la bolera, no tardaste en salir. Te dirigiste a la tienda de chucherías. Tiburones ácidos: un gusto exquisito. Cuando te vi con tus compañeras de clase me di cuenta de que tan sólo eres una niña. Y entonces, cuando me retiraba a casa, cruzaste la acera y entraste en tu portal. Yo me senté en el banco de la placeta. Fumé un cigarrillo que me duró bien poco, pues mi pierna no dejaba de moverse nerviosa y las cenizas humeantes se desprendían fácilmente."

El estafador que se hacía pasar por revisor del gas sabía que una joven que vive sola es una presa fácil. El escritor crónico no. Por eso cuando el escritor crónico empujó la puerta entreabierta del tercero primera el estafador, asustado, golpeó con la válvula de seguridad deteriorada la cabecita de Babel, y ante la tardanza del nuevo intruso, que había quedado inmovilizado por la proverbial cobardía de los escritores crónicos, ató a su víctima de pies y manos con la goma naranja sin caducar.

"No te asustes, pequeña", murmuraba el escritor crónico mientras desabrochaba los botones superiores de la blusa de Babel.

"Dios mío, ¡estás muerta!... No, no fui yo quien se hizo pasar por el revisor del gas..."

Durante toda la noche, el escritor crónico pensó que Babel había muerto. No llamó a la policía ni llamó al hospital ni llamó la atención. Dejó las luces apagadas y tomó de la mano a Babel, sin dejar de hablarle y hablarle. Cinco horas con Babel, hasta que Babel se despertó.

Ahora que Babel conoce al escritor crónico, podemos comenzar de verdad nuestro relato.

Ignacio cruzaba la carretera todos los días a la misma hora justo pasando la curva, en el punto más peligroso del trayecto Torrellas- Los Fayos. "Si dios no hace que hoy me atropellen, es que nada malo me reserva". Semejante necedad no podía haber sido discurrida por nadie más que él. Su matrimonio era triste y continuo. Su mujer esperaba pacientemente a que llegaran las siete de la tarde para encender la calefacción y preparar la cena : Sopa de pollo, chuletas con patatas, fruta del tiempo (melocotones). Ignacio salía del taller a esa misma hora. Sabía que si marchaba directamente a casa el comedor aún no se había caldeado, y no había nada que le molestara más que cenar con la chaqueta y los guantes puestos. Así que siempre alargaba el camino un poco, llegando al hogar a las siete treinta. En ese momento la temperatura ambiente en el interior de la casa era perfecta. La cena, en cambio, se había quedado fría.

Al día siguiente a que esto ocurriera, es decir, cualquier día desde octubre de 1974 hasta hoy, Ignacio llegó del trabajo a las siete treinta. Abrió la puerta y la temperatura en el interior de la casa era perfecta. La sopa de pollo esperaba sobre la mesa, humeante.

Ignacio no la probó. Subió las escaleras hasta el dormitorio conyugal y le pegó un tiro a su mujer. En la radio sonaban los Moody Blues: "Noches de blanco satén" así que fue un momento terrible pero precioso.

Como decía, en la radio sonaban los Moody Blues: "Noches de blanco satén". El escritor crónico subió el volumen del radio-cassete y redujo a segunda.

- "Malditas curvas"

Babel miraba por la ventanilla. Sonreía, como no.

- "Eres demasiado jovencita para comprender esta canción"

- "Dicen que habla del diablo... se entiende claramente... "Nothing like Satan"

- "Nights in white Satin"

- "Eres un iluso hippie trasnochado"

Durante veintiocho años, Jacinta ha engañado a su marido acostándose con otro. Día tras día, nunca había ocurrido nada que la hubiese delatado, y hoy, a pesar de las prisas, no iba a ser diferente. Eran las siete, sí, la caldera ya estaba encendida y el puchero en la pica llenándose de agua. Llaman al timbre. Es Reinaldo. Ha olvidado su escopeta.

- "Corre, mi marido estará al llegar"

- "No hasta las siete y media"

Reinaldo no encuentra el arma. Debajo de la cama, apoyada en alguna esquina... la búsqueda concluye forzosamente a las siete veinticuatro:

- "Debo de haberla dejado en otro sitio"

Jacinta ya tiene el caldo preparado. La cena, como durante los últimos veintiocho años, estará preparada a tiempo.

La lluvia ha cesado pero el escritor crónico ha olvidado desconectar el limpiaparabrisas, que a falta de cumplir su cometido parece seguir el compás de la canción.

- "Me recuerdas a Ginsberg"

- "Debe ser la resaca de los sesenta"

- "Incluso físicamente"

- "Desde luego no parece un cumplido"

- "No esta mal... ¿No es ese que sale en un video de Dylan?"

- "Puede... un tipo barrigudo, sin mucha gracia"

- "¡Frena!, ¡Frena!"

- "¡Dios santo!... ¡Qué hace ese tío ahí!"

Babel y el escritor crónico bajan del coche... un tipo alto permanece sentado en el medio de la carretera, justo pasando la curva, en el punto más peligroso del trayecto. Impasible, se cubre la nariz con un pañuelo. Su rostro está a tan sólo dos dedos de la tapa del radiador del coche.

- "Creo que tiene que cambiarle el filtro del aire, caballero"

- "¡Pero usted está sonado!"

- "No, pero me estoy sonando"

El escritor crónico se queda mirando al tipo alto que permanece sentado en el medio de la carretera. Poco después se sienta a su lado.

- "Supongo que todos nos estamos sonando"

- "Pero yo acabo de matar a mi mujer"

- "¿y qué hace aquí sentado?"

- "Mirando las nubes"

- "Vaya, usted no se priva de nada... ¡pero no se da cuenta de que van a atropellarle!"

- "Pues ya ve usted, aquí estamos, a ver si el altísimo se digna a pillar la indirecta"

- "Pues nada... nosotros seguimos marcha"

- "Y no me harían el favor... de atropellarme"

- "Verá, vamos mal de tiempo."

- "Yo le pago la gasolina..."

- "Bueno... si eso. Pues a la vuelta"

- "Entonces... ¿cuento con usted?"

- "Sí, claro... pero guárdeme el sitio"

- "Hecho"

El escritor crónico sube del nuevo al coche. Babel también, pero se queda callada. Arrancan y siguen marcha.

- "¿Y a ti qué te pasa?"

- "Nada."

- "Pues no estás sonriendo"

- "Ni tú estas escribiendo crónicamente."

- "Yo tan sólo me preocupaba por ti"

- "Te lo cuento si vuelves a encender la radio"

- "Cuando me lo cuentes"

- "El tipo alto..."

- "¿Qué pasa?"

- "Da la vuelta"

- "¿Por qué?"

- "Por el tipo alto"

- "¿Quién es?"

- "Da la vuelta"

- "Vale"

- "¿Quién es?"

- "¿No lo sabes?"

- "Es otro sonado"

- "Es el tipo que se hace pasar por el revisor del gas"

- "¡Hijo de puta!"

- "¡Míralo, ya nos acercamos!"

- "¡Creo que nos ha oído, y creo que sonrío!"

- "¿Qué hago?"

- "¡Atropéllalo!"

- "¡No, que se joda!"

El escritor crónico y Babel escogerán otra carretera para llegar a Los Fayos. Quizá pasen la noche en Tarazona. Quizá, aunque esto es algo infinitamente improbable, hagan el amor algún día. Una cosa sí que han sacado en claro:

- "Dicen que la vida, Babel, son caminos que se cruzan"

- "La cita no es así..."

- "¿Cómo que no?"

- "Eres un hippie trasnochado... Es "wires", no "ways"... Se dice "cables": "La vida son cables que se cruzan"

- "Vale."

Jesús Maestro Bartolomé